

La Tumba de Sargeras

Escrito por Robert Brooks

Primera parte: El destino de otro

Casi toda la nave se había perdido. Consumida por el fuego.

Las cuadernas metálicas del casco, forjadas antaño en Lordaeron, descansaban en el fondo del océano, junto con los pasajeros y la tripulación. Solo algunos pequeños trozos de madera y tela chamuscados flotaban en la superficie, aún encendidos, con un brillo verde que iluminaba el oleaje.

Arderían durante horas. Un poco de agua no basta para extinguir el fuego vil.

Los restos llegaron a una costa de rocas negras. Una figura solitaria de piel seca, pálida y supurante de llagas se tambaleaba sobre la arena. Se acercó al agua para recoger lo que pudiera encontrar.

Levantó un tablón calcinado y lo olfateó. Su lengua se abalanzó rápidamente sobre una de las ascuas, que chisporroteó y se extinguió en medio de un siseo. Sus ojos se tornaron verdes, y sonrió.

—Más... necesito... más...

Nunca antes había saboreado la vileza. Un trozo más grande lo llamaba desde el sur. Empezó a avanzar, sin alejarse de la costa, pues sabía que no debía entrar en el territorio de las vigías.

Era difícil recordar un día sin aquella necesidad. Intentó hacer memoria. De seguro nunca existió un momento en el que lo tuviera todo. No. Era imposible. Esas memorias de él de pie en Suramar, consumiendo su ración de energía...

... esos días antes del exilio...

... eran solo fantasías que se desvanecían rápidamente. Eso era bueno. Sería más fácil una vez que desaparecieran.

No necesitaba a Suramar. Poder, eso era lo que ansiaba. No había consumido nada durante días, nada más que esa simple brasa, y no quedaba mucho por recoger. Había muchos más como él. Pero gran parte del naufragio permanecía todavía en el agua y traería consigo una nueva recompensa. Lo presentía. No estaba lejos. Así que siguió avanzando, ignorando el cansancio, en busca de aquello que rasgaba su mente.

Sabía que habría otros que se sentirían atraídos.

—Pero es mío, mío, mío, mío, mío...

Estaba tan cerca, lo llamaba desde el agua.

Justo allí.

Un cadáver yacía boca abajo en las rocas, arrastrado gentilmente por las olas. Quien quiera que fuese, había sido alguien sorprendentemente poderoso. Incluso muerto, su energía mágica brillaba como un segundo sol.

Sería un placer devorar cada fragmento de ella.

Tropezó en su apuro y empezó a gatear sobre sus palmas y rodillas. Escuchó gritos llenos de ira en la lejanía. Habían llegado otros. Ellos también comerían bien. Había suficiente para todos. Pero primero, él.

Apartó la capa negra que cubría el cuerpo. Un orco. Su piel verde vibraba con magia oscura y marcas extrañas. Nunca antes había visto un aura tan fuerte. Lo alimentaría por...

¿Días? ¿Semanas? ¿Años?

Sus dedos se encrespaban sobre el cadáver y extrajeron una muestra del potente resplandor. Era vil. Y hermoso. Y enseguida comenzó a beber.

Sintió energía. Fuego. Poder.

Sintió dolor. Sintió cómo la mano verde del cadáver se cerró alrededor de su garganta y la apretó con fuerza.

Sintió miedo. El orco estaba de pie, no era un cadáver, nunca lo fue. Sus ojos rojos brillantes miraban a los suyos: —No has pagado el precio de ese poder, no como yo —dijo el orco. Los ojos se entrecerraron y los labios se retorcieron en una sonrisa. —Pero, por favor, toma más.

El exiliado gritó. Torrentes de vileza corrupta inundaron su mente. Vivía de la magia. Ahora se ahogaba en ella, se sofocaba bajo un océano interminable de fuego verde. Estaba totalmente lleno, pero aun así seguía tomando.

Entonces, en un instante, todo desapareció. Toda la magia del orco, ahora suya, drenada hasta la última gota. Solo quedaba el vacío y la agonía.

Sin embargo, mientras su corazón se detenía, se dio cuenta de que haría lo que fuera por volver a tener ese poder...

Con un gesto casual, Gul'dan acabó con la vida del desdichado y lo convirtió en unas simples manchas húmedas sobre las rocas. Había tenido el aspecto de un elfo a los ojos de Gul'dan, pero no era como los invasores de Draenor. Esos no se veían tan enfermizos. —¿Qué era? —preguntó Gul'dan a su amo.

—*UN CAÍDO DE LA NOCHE. UN EXILIADO DE SURAMAR.*

Había más en las cercanías, huyendo, aunque no llegaron lejos. Gul'dan levantó las manos y, unos segundos después, los caídos de la noche se desplomaron sobre el suelo, muertos, convertidos en simples esqueletos marchitos. Líneas verdes de niebla brotaban de sus cuerpos hacia las palmas de Gul'dan y desaparecían bajo su piel.

Gul'dan cerró los ojos y exhaló lentamente. Su agotamiento pesaba un cabello menos, pero su satisfacción iba más allá que eso. Era bueno volver a ser el depredador. Si tan solo durara.

Se alejó lentamente de la orilla expuesta. No había necesidad de facilitarle las cosas a su perseguidor. No se detuvo hasta estar tierra adentro, oculto entre rocas y árboles desnudos y muertos.

Se sentó a descansar. —¿Este es el lugar? ¿Las Islas Quebradas? —preguntó.

—*SÍ, SIGUE ADELANTE.*

Gul'dan odiaba la forma en la que la voz de Kil'jaeden retumbaba en su cabeza. Había llenado su mente en el instante en el que había entrado a este mundo y no le permitía un momento de descanso. —Necesito tiempo —murmuró.

—*NO TIENES TIEMPO QUE PERDER.*

Gul'dan se apoyó sobre una roca. Su pacto con la Legión Ardiente le había dado poder, pero su postura era igual de torcida y encorvada como siempre. Su cuerpo mortal seguía débil. —Necesito tiempo. El archimago es más poderoso de lo que crees. Gul'dan casi había muerto en su nado a la costa, había usado solo su fuerza física. Si Khadgar hubiera detectado tan solo una pizca de energía vil alejándose del barco mercante en llamas... Bueno, no lo hizo, pero ahora Gul'dan apenas podía mantenerse de pie. —Solo necesito un momento.

—*No.*

Gul'dan se quedó inmóvil mientras recobraba el aliento.

—*¿ME DESOBEDECES?*

El orco siseó. Había cruzado a un mundo nuevo, robado un barco y navegado por un océano extraño, todo mientras un perseguidor incansable le pisaba los talones. Gul'dan no pudo contener la ira de sus palabras. —He demostrado mi lealtad miles de veces.

—*HAS FRACASADO UNA Y OTRA VEZ. NO ME HAS DEMOSTRADO NADA.*

Gul'dan se puso de pie a pesar del cansancio. ¿Fracasar? ¿Yo? Mantuvo ese pensamiento oculto. Había cumplido con su parte del trato. La Legión era la que había fracasado. Cada uno de sus planes había terminado en nada. Mannoroth, el despellejador de miles de mundos, había muerto en una emboscada. Auchindoun y su gran poder habían sido capturados solo por unos instantes.

Incluso Archimonde había caído.

Una idea peligrosa emergió. ¿Por qué debería esperar que las cosas fueran distintas esta vez? Gul'dan enterró esa pregunta en lo profundo. Muy en lo profundo. Gul'dan enterró esa pregunta en lo profundo. Muy en lo profundo.

—¿A dónde debo ir entonces? —preguntó con una voz tan fría como la muerte.

—*DESANDA TUS PASOS.*

Gul'dan miró hacia el océano. —No entiendo.

—*YA HABÍAS VISITADO ESTAS ISLAS. HACE DÉCADAS. ¿NO LO SIENTES?*

—Ese no era yo —dijo Gul'dan. Una sensación molesta y helada se apoderó de él. Saber que ya había habido un Gul'dan que había vivido y perecido en este mundo, en esta otra línea de tiempo, hizo que su piel se erizara. —No somos iguales.

—*SI NO LO SON, NO SIRVES PARA NADA. VE AL NORTE.*

La desobediencia no era una opción. No todavía. Gul'dan empezó a caminar de nuevo, con lentitud, intentando percibir algún signo de adivinación. Estaba seguro de que el archimago Khadgar ya estaba buscando en estas islas. Los carroñeros caídos de la noche deambulaban, pero huían al sentir la amenaza del brujo. Muchos se escondían en los naufragios de décadas atrás que adornaban la costa. Gul'dan estaba satisfecho; sería frustrante para Khadgar inspeccionarlos a todos. No había ni siquiera un cuervo a la vista, aunque algunos buitres vigilaban en lo alto. Mantenían su distancia.

—¿Qué sucedió aquí? Con... el otro. Las preguntas eran amargas, pero necesitaba saber. Todo lo que había escuchado, entre los gritos de los desafortunados soldados de la Alianza y la Horda que habían caído bajo su cuidado en Draenor, era que el Gul'dan de esta línea de tiempo había

acompañado a la primera Horda a la guerra. Al final lo habían derrotado y asesinado. No tenía muchos detalles al respecto. Quizás eso significaba que Gul'dan había tenido un final ordinario, una muerte poco digna de cuentos. No era una idea muy agradable.

—*LEVANTASTE UNA ISLA, THAL'DRANATH, DE ENTRE LAS AGUAS.*

—¿A tus órdenes? —preguntó Gul'dan.

—*NO ESTÁS AQUÍ PARA HACER PREGUNTAS. ESTÁS AQUÍ PARA VISITAR ESA ISLA DE NUEVO. ES UN VIAJE LARGO, MUÉVETE.*

Los pensamientos de Gul'dan siguieron deambulando por aguas peligrosas. "Debe haber algo peligroso en este lugar. Si no, ¿por qué querría Kil'jaeden que siguiera ignorante? Puede que tenga que obedecerlo, pero no tengo que confiar en él", decidió Gul'dan. Después de todo, Kil'jaeden era conocido como "el Falsario" por muy buenas razones.

—¿Por lo menos puedo preguntar qué hay en esa isla?

—*LA TUMBA DE SARGERAS.*

En ese momento, un silencio de muerte cayó sobre la isla. Los buitres se alejaron volando y los roedores huyeron a sus madrigueras.

Alguien se acercaba. Gul'dan se detuvo. Escuchó, esperó. Con cuidado, con mucho cuidado, se envolvió en poder vil, un truco sencillo pero útil. Gul'dan sería invisible para alguien a una distancia mayor a dos pasos. Quien se acercará más, dejaría de ver para siempre.

Mantuvo sus ojos abiertos, pero su mente trabajaba. —¿La tumba de Sargerass? ¿Está muerto? —susurró.

—*NO ENTIENDES NADA.*

Kil'jaeden había respondido así a muchas de las preguntas de Gul'dan. La paciencia del orco se debilitaba cada vez que escuchaba esa respuesta.

Alguien se movía entre las rocas. Gul'dan lo sintió antes de verlo.

Un rápido movimiento llamó su atención. Ni siquiera una piedra sonó a medida que una figura cubierta se deslizaba con pisadas silenciosas. Emergió en un parche de luz, sus hojas curvas y armadura esmeralda brillaban, cada movimiento suyo estaba lleno de confianza y propósito. Ni siquiera un centímetro de piel era visible bajo su casco, pero esto no parecía impedir que inspeccionara todo a su alrededor.

Gul'dan sonrió. Cordana Cancionvil usaba algo parecido. ¿Una vigía? ¿Aquí? Muy interesante.

Se sintió tentado a emboscarla, pero se dirigía al norte, así que la siguió. Si había una, era probable que encontrara más. Esos Caídos de la Noche eran débiles y sus esencias de vida le habían dado poco poder a Gul'dan. Las almas de las vigías serían algo que valdría la pena recolectar.

Kil'jaeden no dijo nada para detenerlo. Y el orgullo de Gul'dan ardió, sí, se carcomía al preguntarse si su amo le permitiría este pequeño espacio de libertad.

La magia de Gul'dan lo mantuvo oculto en su persecución de la vigía. Se detuvo un par de veces mientras ella cambiaba de curso y giraba bruscamente en patrones irregulares antes de volver a su rumbo original. Buscaba algo. ¿A él? Poco probable. Solo un tonto se atrevería a cazar a Gul'dan solo. Incluso Khadgar había buscado primero la ayuda de aliados.

Pronto, la vigía rodeó el borde de un acantilado y salió a una meseta. Media docena de vigías la esperaban allí.

Sí...

Gul'dan aguardó en la sombra, reuniendo su poder mientras la vigía que había seguido se unía al resto. Solo escuchaba partes de su conversación.

—...Caídos de la Noche muertos...

—...naufragio en el horizonte...

—...como ordene, celadora Cantosombrío.

Gul'dan los observaba. Ese nombre le era conocido. ¿Dónde había...? Ah, sí. Maiev Cantosombrío. Era la líder de Cordana, se hablaba de ella con miedo. Si alguna vez se enterara de mi traición, había dicho Cordana, tendré que rogar por una muerte tan rápida como la de Illidan.

Si Gul'dan pudiera acabar con Maiev en ese instante, sería una amenaza menos de la que preocuparse.

Preparó su emboscada, un torbellino abrasador de muerte. No tenían oportunidad. Ni siquiera sospechaban que se encontraba ahí. Levantó sus manos y...

—ESCÓNDETE.

La voz de Kil'jaeden retumbó en su mente. La fuerza de la voz hizo que Gul'dan por poco colapsara. Bajó sus manos, la emboscada estaba olvidada. —¿Qué...?

Entonces lo escuchó.

El graznido de un cuervo atravesó la meseta.

Gul'dan disipó su ataque en un instante, con la esperanza desesperada de que no lo hubiesen sentido. Miró hacia arriba, el cuervo bajaba en picada. Por un segundo, Gul'dan pensó que lo habían descubierto.

Pero el cuervo apenas rodeó la meseta un par de veces y luego se lanzó hacia las vigías, quienes lo observaban mientras se acercaba. En un abrir y cerrar de ojos, el cuervo se transformó. El hombre que emergió caminaba con un paso confiado.

Los ojos de Gul'dan se encendieron. Apretó la mandíbula lo suficiente para sentir dolor.

—Hola, Maiev —dijo Khadgar mientras sacudía una pluma de su hombro.

—No recuerdo haberte llamado, archimago —respondió fríamente la líder.

—No has perdido ni un poco de tu encanto legendario —replicó Khadgar. Luego se puso a su lado y empezaron a hablar tan bajo que Gul'dan no pudo escuchar.

Gul'dan maldijo en silencio. —Debería acabar con este tonto ahora —dijo.

—*SON IRRELEVANTES. VETE.*

—Puedo matarlos a todos.

—*NO ESTÁS AQUÍ POR ELLOS. OBEDECE, GUL'DAN.*

Khadgar estaba justo ahí, vulnerable.

En ese momento, Gul'dan consideró la traición. Sabía que someterse a la Legión Ardiente requeriría servicio. Lo había aceptado. Y a cambio había recibido un poder extraordinario.

Pero no había hecho un pacto para ser una marioneta.

Había entregado a otros a la obediencia ciega, y si el hijo idiota de Grommash Grito Infernal no hubiera interferido, habría entregado a muchos más, pero esa no sería su suerte. No. Su destino era gobernar mundos para la Legión. Servicio, no esclavitud. Si la Legión no está de acuerdo, el pacto ya está roto, pensó Gul'dan.

Pero en este momento, la traición significaba la muerte. Había enemigos en todos lados. Este mundo era extraño y estaba en su contra. Gul'dan desconocía cuál era el poder que la Legión quería que recuperara. Kil'jaeden lo mantenía con una correa corta. Demasiado corta como para rebelarse.

Gul'dan jugaría a la mascota obediente, por ahora. —Obedezco, Kil'jaeden —dijo y se retiró lentamente.

—*TU DESTINO ESTÁ AL ESTE. ENCUENTRA LA MANERA DE ATRAVESAR LA BAHÍA. NO TIENES TIEMPO DE VAGAR POR SURAMAR.*

Gul'dan tenía una idea sobre eso. Dejó a Khadgar y a las vigías y regresó a la costa del este. Allí, sobre un naufragio con marcas de la Alianza, se encontraba un bote de remos. Estaba amarrado a la nave con una cuerda podrida. Un tirón firme hizo que el bote bajara al suave oleaje. Nunca había remado, pero era fácil aprender, y no tenía que ir muy lejos. Pronto puso una distancia prudente entre él y la costa (y Khadgar), bajó los remos y usó medios más placenteros para avanzar. La estela del bote brillaba con un verde oscuro. De vez en cuando, un pez emergía con la panza hacia arriba.

Kil'jaeden lo mantuvo en la dirección correcta y en tan solo una hora el destino de Gul'dan se levantó sobre el horizonte. La isla era llana, pero una estructura extraña en ella apuñalaba el cielo. De cerca, se cernía sobre Gul'dan. Un monumento. Una promesa. Pináculos y baluartes dentados se erguían como testimonios de su importancia. Sin importar lo que fuese ahora, antes había sido una verdadera fortaleza. Para entrar se habría necesitado una invasión mucho mayor a la que la Horda de Hierro había planeado para este mundo.

¿Por qué habían abandonado un lugar así? Tal vez se había quedado en el tiempo. Pero Kil'jaeden tenía razones para llevarlo hasta ahí. Y a Gul'dan lo enfurecía no saber por qué estaban allí.

A poco de llegar, se sintió intranquilo. La isla le resultaba conocida. No por el paisaje, Había algo que resonaba de ese lugar, un rastro de su propio poder, el poder del otro Gul'dan que permanecía de tiempos pasados. Ahora Gul'dan estaba seguro de que ya había visitado esta isla.

El casco podrido del bote de remos se deshizo mientras Gul'dan atracaba en la costa prohibida. Caminó el resto del trayecto hasta la tumba misteriosa, en donde sintió la magia desconocida del responsable de sellar la entrada. Había barreras físicas de roca y metal encantado, además de una variedad de cerraduras y puertas arcanas ocultas. No era difícil resolver este problema. Gul'dan empezó a hilar magia vil en patrones complejos y dismanteló cada obstáculo con facilidad.

—¿Qué hay adentro? ¿Guardias, trampas? —preguntó Gul'dan.

—*TU PROPÓSITO.*

Gul'dan hizo una pausa. No era la respuesta que esperaba. —¿Qué quieres que haga?

—*ABRIRÁS EL CAMINO PARA NOSOTROS.*

Gul'dan no entendía. —Ya intentamos eso en Draenor. Y también había tomado una cantidad considerable de esfuerzo. Todo en vano.

—*ALLÍ INTENTASTE ABRIR EL CAMINO TÚ MISMO. AQUÍ, SOLO DEBES GIRAR LA LLAVE. ENTONCES CONOCERÁS NUESTRO VERDADERO PODER.*

Otra barrera cayó, pero esta venía con una trampa. Docenas de lanzas forjadas con fuego y poder arcano se abalanzaron sobre Gul'dan. Balanceó su mano distraídamente y desaparecieron. Sus pensamientos se concentraban en otro lugar. —Este era el destino del otro Gul'dan. ¿Qué sucedió?

—*FRACASASTE EN TU PROPÓSITO.*

—No era yo —gruñó.

—*YA VEREMOS.*

—¿Cómo fracasó?

—*DESLEALTAD.*

Gul'dan no confiaba en nada de lo que decía el Falsario. Quizás aquí, como en Draenor, había sido la Legión la que había fracasado.

Pero me trajeron aquí dos veces por una razón. Algo en su interior era tan poderoso que ni siquiera la muerte podía cambiar el destino de Gul'dan. Tal vez ese destino estaba alineado con los planes de sus amos. Tal vez no.

Ese pensamiento dibujó una sonrisa en Gul'dan.

La defensa final en la entrada de la tumba quedó destruida. Gul'dan voló la puerta en pedazos con una explosión estruendosa. Ahora tenía que moverse rápido; el ruido llamaría la atención.

—Guíame, Kil'jaeden —dijo Gul'dan—. Tendré éxito.

Entró en la oscuridad de la Tumba de Sargeraz. Era claro que el lugar era enorme, con innumerables corredores que descendían a las profundidades. El peso de la magia de milenios pasados y los destinos de las almas de este mundo se agolpaban sobre él. Avanzó a rastras con rapidez. Kil'jaeden ya no tenía que apremiarlo. Gul'dan estaba ansioso por descubrir los secretos de la tumba, pues cualquier poder que residiera en su interior pronto estaría en sus manos.

No en manos de la Legión. En las tuyas.

©2016 Blizzard Entertainment, Inc. Todos los derechos reservados. Legion es una marca comercial y World of Warcraft, Warcraft y Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas por Blizzard Entertainment, Inc. en Estados Unidos o en otros países.